

El nuevo «zentrum» alemán

HACE apenas seis meses el SPD obtuvo una victoria electoral mucho más amplia de lo esperado. Durante la campaña, el nuevo canciller **Schröder**, temeroso de que su victoria fuera muy rapada, formuló un programa de corte liberal bautizado como **Nuevo Centro** con el que podría gobernar, si el caso lo exigía, incluso en coalición o con el apoyo de los cristianodemócratas. La amplitud de la victoria hizo innecesaria una escenificación inmediata de ese **zentrum** y el SPD pareció querer olvidarse de la pesadilla y empezó a gobernar en coalición con los Verdes e incluyó como hombre fuerte del gobierno, nada menos que al frente del ministerio de Finanzas, a **Oskar Lafontaine**, presidente del partido, personaje de claro corte izquierdista, que ya se había distinguido por oponerse a la presencia de Alemania en la OTAN y al despliegue de los euromisiles y por haber defendido el intervencionismo del Estado en materia social «para corregir desigualdades y mantener el pleno empleo».

El primer gobierno de Schröder ha reventado a los cinco meses de constituirse. Lafontaine estaba llevando a cabo una serie de medidas que el nuevo contexto mundial no admite y tampoco la mayoría de los alemanes. Preparó

una reforma fiscal que penalizaba a las empresas y elevaba los costes de producción. Impulsó el abandono de la energía nuclear pagando por ello un alto precio y originando problemas con otros países, sobre todo con Francia, con la que Alemania mantiene contratos millonarios de intercambio de tecnología nuclear. Ideó nuevos impuestos para financiar planes sociales. Presionó al Banco Central Europeo para que bajara los tipos de interés, creyendo tal vez que la poderosa Alemania podía seguir configurando a la medida de sus necesidades la política monetaria de la UEM. Lafontaine se enzarzó así en una polémica con las autoridades monetarias europeas, polémica que perjudicaba a todos, sin beneficiar a nadie.

TODO ello ocasionó un malestar tanto dentro como fuera de Alemania. Ya el 9 de diciembre del año pasado hubo fricciones importantes dentro del gobierno, aunque no trascendieron. Pero, además, estas medidas directamente atribuibles a Lafontaine coincidieron con la nueva **Ley de Ciudadanía**, que facilita la nacionalización práctica de varios millones de inmigrantes e hijos de emigrantes. La opinión pública alemana ha castigado al gobierno por todo ese conjunto de reformas y en las elecciones del Estado de Hesse (9 de febrero), la recién estrenada coalición gubernamental sufrió una severa derrota que representó además la pérdida de la mayoría en el **Bundesrat**. El gobierno ya no tenía vía libre parlamentaria para los nuevos proyectos legislativos.

A partir de ese momento, Schröder advierte el peligro y da marcha atrás en los tres temas clave que los analistas consideran como causas inmediatas del descalabro: la Ley de Ciudadanía, la energía nuclear y el discurso «excesivamente» a la izquierda de Lafontaine. La bicefalia del SPD (Lafontaine, presidente del partido,

Schröder, presidente del gobierno) empieza a rechinar. Los empresarios, los economistas y la prensa en general descalifican al ministro de Finanzas, que sólo recibe un tímido apoyo de los sindicatos.

*Schröder comprende que se juega la supervivencia política y se enfrenta claramente a Lafontaine. Poco a poco la contradicción entre ambos hace prácticamente imposible la coexistencia. La tensión crece, las presiones interiores y exteriores también. En el Consejo de Ministros del miércoles, día 10 de marzo, Schröder reprochó a Lafontaine «el haber cometido un “error estratégico” al gravar fiscalmente los avales financieros que las empresas nucleares tienen que depositar como garantía de seguridad». Era el punto de no retorno: al día siguiente Lafontaine dimitió de todos sus cargos: presidente del SPD, ministro de Finanzas y diputado. Su dimisión fue rotunda, con manifiesto disgusto, como quien da un portazo. El **Zentrum** triunfaba claramente sobre el ala izquierda del SPD. Aunque la coalición con los Verdes se mantiene de momento, conserva ya poco del suelo «ecosocial» con que fue saludada hace seis meses.*

La descripción del proceso que llevó a la dimisión de Lafontaine ya entraña una cierta interpretación y valoración del mismo. No obstante, entendemos que el hecho desborda con mucho el marco alemán en que se ha producido y exige de nosotros algunas reflexiones.

¿Es posible una nueva izquierda europea?

*LA entrada de Lafontaine en el gobierno parecía su victoria, indirecta, a través de Schröder, sobre la derecha, tras sucesivas derrotas directas frente a **Kohl**. El que fueran los Verdes y no los liberales los compañeros de viaje realizaba la posibilidad*

de una orientación más a la izquierda del gobierno o al menos una corrección severa del liberalismo atribuido a Schröder; pero todo ello se ha desvanecido en un tiempo breve:

- *Los incentivos a las energías alternativas y las trabas a las nucleares hicieron renacer de sus cenizas algunas esperanzas en la «utopía verde». Ahora, el ministro de Medio Ambiente, **Jürgen Trittin**, se ve obligado a apearse de sus propuestas y, consecuentemente, a defraudar a su electorado. Es más, el tinte izquierdista que ponen los Verdes al Nuevo Centro alemán puede ser sólo eso, un tinte. Su radicalización no es buena, pero la reducción de los Verdes a poco más que comparsa de conveniencia no es, ciertamente, un buena perspectiva para el mundo.*

- *La ampliación de las políticas sociales constituye el sueño igualitario más genuino. Lafontaine representaba de alguna manera una conquista pendiente. Pero su socialdemocracia –camino en el que aún cree una parte muy importante de los alemanes y de los europeos– ha sido corregida de raíz, al haber sido nombrado como sucesor suyo un personaje diametralmente opuesto, **Hans Eichel**, de quien se dice que «se entiende mejor que cualquier cristianodemócrata con los empresarios y la banca».*

- *La Ley de Ciudadanía es una aspiración cívica que mitiga las exclusiones nacionalistas y hunde sus raíces más profundas en el universalismo cristiano. La necesidad de considerar alemanes **de iure** a tantos alemanes que ya lo son de hecho no era sentida sólo por Lafontaine, pero él era un acelerador importante de la misma. Lo lógico es que ahora sufra retraso de tiempo y recortes de ambición.*

- *La estructura del poder económico es de tal naturaleza*

que poco puede hacer un gobierno sin las empresas: si se las penaliza a ellas, se termina penalizando a los que en ella trabajan, primero, y a toda la sociedad después; el descontento cunde y el gobierno cae. Tocar un sector sensible de la máquina global es delicado: Lafontaine tocó un sector sensible —la energía nuclear— y provocó pánico no sólo en sus defensores o rentistas sino en toda la máquina económica. Ahora hasta le acusan de haber despertado a la OPEP y provocado la subida del crudo.

Lafontaine representa de algún modo la conciencia histórica del SPD: Ciertamente ahora, sin su Pepito Grillo, Schröder se entenderá mucho mejor con la oposición de derechas a la que necesita para desarrollar su política legislativa y, muy en especial, para sacar adelante la Ley de Ciudadanía. Su salida también habrá contribuido a aclarar quién manda y eso ha quedado meridianamente claro: el comité ejecutivo del SPD eligió como presidente del partido a Schröder nada menos que por 27 votos a favor y 6 en contra, decisión que fue clamorosamente refrendada en el posterior congreso del partido.

ALEMANIA, Europa y el mundo ya han controlado sus turbulencias y sus incertidumbres. El sistema global tiene unas leyes inflexibles, el liberalismo vive su época dorada y no tolera oposición. Lafontaine quiso hacerla e hizo inevitable su dimisión. Creemos que lo social y lo económico no deben oponerse, ya que sin creación de riqueza no es posible el reparto social y sin reparto social la economía pierde su dignidad. Es doloroso que se silencie a los que ponen el acento en lo social, aunque a veces lo hagan en perjuicio de la economía, y que no tengamos mecanismos para silenciar al universo de profetas del neocapitalismo, que ponen siempre el acento en lo económico en perjuicio casi

siempre de lo social. Eso es lo que nos duele de la dimisión de Lafontaine.

Pero también ha podido haber algo de que alegrarnos. No es la primera vez que lo que lamentamos en un terreno produce beneficio en otros escenarios. Esto es particularmente verdadero en el caso que nos ocupa. Nadie ha llorado la dimisión de Lafontaine, nadie se ha solidarizado con él dimitiendo al mismo tiempo.

***Duisenberg**, presidente del BCE, comentó, sin disimular su alegría: «no tengo ningún sentimiento sobre su dimisión». Probablemente, llegado un momento, el obstáculo ya no eran las propuestas de Lafontaine sino él mismo, sus gestos, su desautorización moral del sistema.*

Por eso, probablemente, el Banco Central Europeo ha rebajado los intereses mientras se negaba frontalmente a ello cuando lo pedía Lafontaine. No ha sido ésta una victoria póstuma del ex ministro, sino la confirmación de que su voz desentonaba en el concierto.

***LO** que, sin duda, es claro es el efecto suavizador que la dimisión de Lafontaine ha tenido en la negociación de la Agenda 2000. La cumbre de Berlín, estando él presente, hubiera sido mucho más difícil y, desde luego, España no hubiera conseguido las buenas condiciones que ha logrado. Alemania ha sido mucho más flexible. Su sucesor **Eichel** ha sido más sutil, menos halcón para los intereses españoles.*